

GERMÁN IVÁN MARTÍNEZ G.

La modernidad limitada o la rehabilitación de la razón

Michele Federico Sciacca (1908-1975) es, quizá, uno de los más grandes historiógrafos de la filosofía del siglo pasado. Formado en la escuela del también pensador italiano Giovanni Gentile —de quien se separará más tarde—, supo fundir en su obra, sobre todo en la que da cuenta de la *Metafísica de la Integridad*, su visión histórica y su pasión filosófica.

Catedrático, escritor y editor, Sciacca fue un estudioso que descubrió, gracias a la influencia de Platón, Agustín, Pascal, Tomás de Aquino y Antonio Rosmini, que el pensar es una experiencia del ser; y que el ser mismo es una participación de Dios en el hombre. Gracias al pensar, entenderá, el ser humano se conoce y descubre su vocación que, lejos de reducirse a algo mundano e inmanente, se torna trascendente cuando se vuelve apertura al infinito.

En *La Modernidad Limitada. La idea del ser y el lugar de la razón en el pensamiento de M. F. Sciacca*, Fidencio Aguilar Víquez da a conocer no sólo al hombre y al profesor que escribió *La interioridad objetiva, Acto y ser, La libertad y el tiempo*, y otras tantas obras, sino muestra la personalidad filosófica, la formación académica y el camino intelectual seguido por un



Fidencio Aguilar Víquez, *La modernidad limitada. La idea del ser y el lugar de la razón en el pensamiento de M. F. Sciacca*, Cuernavaca, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, 2008, 418 pp.

pensador que advirtió, como muchos, la crisis de la modernidad y, por tanto, de la razón. Así, en un texto que recupera los supuestos del pensamiento moderno —esos que hicieron posible hablar de una razón que quiso ser autosuficiente y terminó siendo pedante— y analiza críticamente sus ideales: evolución, perfección, éxito, gloria, fama y progreso, Aguilar Viquez puntualiza, desde la perspectiva de quien fue docente en Pavia y Génova, esa condición de inestabilidad y desencanto que experimentó el sujeto al toparse de frente con lo que, en su momento, Husserl llamó un sentimiento de “indigencia vital”. Pero también destaca el autor esa sensación de orfandad y vacío propia de una época que sucumbió ante una inteligencia que se descubrió desarmada.

La confianza en aquella razón que poco a poco negó a Dios hasta ocupar su sitio, acabó por desvanecerse y terminó ella misma por quedar sitiada. Así, debilitada por la fuerza de sus propios embates, acabó por consumirse. La crisis del pensamiento moderno —esa que desembocó en la posmodernidad y a la que abonaron autores como Marx, Freud y Nietzsche—, es el ocaso de una *idea de razón* que, ante la complejidad, se mostró ineficaz e insuficiente. El pensamiento de Sciacca busca, como dirá Fidencio, “colocar a la razón en su sitio”. En este sentido, se pretende “una metafísica de la integridad que, a la luz de la *Idea del ser*, rescate a la razón y la coloque en su justa dimensión, es decir, como capacidad de juzgar la realidad sin ponerse ella misma como criterio absoluto; estaríamos hablando, con esa razón y a partir de ella, de una Modernidad limitada”.

Opuesto al neoidealismo representado por Benedetto Croce y el propio Gentile, Sciacca mezcla, como deja ver nuestro autor, la metafísica clásica con el espiritualismo cristiano, este último de corte agustiniano. Pero va más allá, su propósito es configurar un *espiritualismo crítico* que rescate de una época como la nuestra —que se torna bárbara—, la

dignidad del ser humano, esa que la modernidad ilustrada y la propia posmodernidad se niegan a reconocerle. De esta forma, si bien es cierto que algunos planteamientos como la muerte de Dios, la abolición de la razón, de la verdad y del ser, han llevado a la “dislocación” del sujeto y nos han sumido en un tiempo de primitivismo y salvajismo, el pensamiento de Sciacca es, si se quiere ver así, una *apuesta* —a la manera de Pascal— en pos del hombre, ese que navega entre problemas y es él mismo problema, es decir, empresa, tarea, *peonada*. Pero no todo es cataclismo y penuria, porque si bien se subraya en la obra de Fidencio cierto pesimismo en el autor que aborda, también reconoce en él a un hombre sensato, capaz de razonar y comprender que si el ser humano continúa sobreestimándose, terminará hundido en el fango del engreimiento; pero si cae en el extremo opuesto, sucumbirá ahogado en la conciencia de su inanidad.

Es por ello que en un mundo donde se enaltece la utilidad, se pondera el funcionalismo y se elogia la irreverencia, Sciacca hace evidente que con el nihilismo el hombre se pierde. De ahí que sea necesario que la razón —el *logos*— recupere su sitio, se ubique en su “adecuado lugar”. Y lo haga, además, “en el concierto de la metafísica, de las ciencias y de la organización de la sociedad humana”. Su tesis central: la *Idea del ser*, gracias a la cual la razón no se anula sino se reorienta.

Rehabilitar la razón es, al mismo tiempo, restaurar una fe extraviada, salvar a la ciencia de su descarriamiento, a la naturaleza de su exterminio, a la cultura de su cretinismo y al hombre de su ruina. Es evitar la bancarrota a la que nos condujo una altivez absurda que dio pauta, de manera fastuosa, a una época exhausta. El envite que hace Sciacca es a favor del ser humano y contra la deshumanización. Su propuesta es teísta y Fidencio Aguilar deja ver esto luego de argüir respecto a la esperanza que el pensador italiano pone en la metafísica y al reconocer, junto con él, que en el hombre no todo está perdido. LC